

(MEDIO) SIGLO

Feliz cumpleaños a mí

*Life is but thought: so think I will
that youth and I are housemates still.*

S.T. Coleridge

Acabo de cumplir cincuenta años, tra la la. Toda redondez es intimidatoria. Ya presiento qué es eso de las heces en lo de “beberse la copa hasta las heces”; ya que aquel ruido borroso son los pasos de Godot. Los franceses dicen que si cuarenta son la vejez de la juventud, cincuenta son la juventud de la vejez. Es cierto: apenas el año pasado cumplí 32 y el próximo cumpliré 64. Estoy en la flor de la senilidad.

No es para tanto. En realidad, no pasa nada. Ni se craquela uno ni se sumerge demasiado. Los ceros son devastadores, pero consuela que el siguiente esté tan lejos. Quienes cumplieron cincuenta años fueron mi peroné, mi hígado, mi alveolo, que no yo. Podría decir –dándole la razón a una bella amiga– que ahora soy menos sustancia activa y más vehículo c.b.p. Me siento, eso sí, más cauto. “Todo lo que escribiste sobre la UNAM demuestra cuánto has envejecido”, me dijo mi amigo C. Quizás. Enfadarse con los jóvenes es asunto de higiene. Lo recomiendo mucho: está probado que favorece la circulación. ¿Por qué, de un tiempo acá, me siento tan a gusto en las farmacias?

Consumo tanto ginkgo biloba que deberían becarme. La prueba de que funciona es que ya no se me olvida tomarme cada mañana mi ginkgo biloba. La florista de Coyoacán me sigue diciendo “joven”, a pesar de sus cataratas. ¿Por qué, algunas noches, me crepita un fémur? Esa mancha que tiene la forma del perfil de Goethe y no estaba en mi mejilla hace unos meses tiene que ser benigna. Qué bueno que no es el perfil de Baudelaire.

¡Cincuenta años! La contundencia de la cifra es desarmante. Si los años son mazurkas de Chopin, las décadas son réquiems de Verdi. Y sobre todo la quinta década: una ruidosa tramoya que anuncia el tercer acto. El día del aniversario, a las doce y media de la tarde –la hora prudente en que nací–, estaba en Bellas Artes. Miré el reloj de soslayo y aguardé que algo sucediera: un cimbramiento de algún tipo, una revelación, una voz cavernosa que dijera *juventutem egit erroribus...* Nada. La primera palabra que escuché ya con cincuenta años encima vino de una soprano de cien kilos vestida de pueblerina: *magari*, ojalá...

¿Por qué, después de reconocer que se hace viejo, Prufrock –creo que es Prufrock– anuncia que enrollará las valencianas de su pantalón?

I grow old. I grow old...

I shall wear the bottoms of my trousers rolled...

¿Se prepara para encoger? ¿O para no mojarse cuando le corresponda trepar a la barca de Carón? Pero, y si se trata de eso, ¿qué más le da mojarse? ¿Temerá acaso que Carón no lo dejará subirse con los pantalones mojados? Como Prufrock, he llegado a la edad en que más he de ser lo que ya soy, en la que más habré de atearme en asumir mis virtudes como defectos. Sí; algo acecha, un algo indescriptible merodea. Calculo haber vivido 17,885 tardes. Recordaría con nitidez acaso medio centenar, una por año, tardes de alegría intacta o densa pesadumbre. Un puñado de soles frágiles entre la neblina de unas tardes que, a fuerza de no importar, fueron las importantes.

En fin, me lo sé todo, y si no lo sabía hubo quien me lo recordó: que la mediana edad se llama así porque se nota en la medianía del cuerpo; que es cuando suena el teléfono la noche del sábado y quieres que esté equivocado; que antes querías ser fiel y no lo eras mientras que ahora quieres serlo y no puedes (eso es de Wilde); que es cuando las velas cuestan más que el pastel; que antes te metías un ácido y ahora sólo te metes antiácidos...

Primer sueño de cincuentón: camino una tarde por un campo semidesértico. Me encuentro un arco y una flecha ahí tirados. Junto hay una caja de Cepacol sabor fresa. El *Diccionario de símbolos* de Chevalier-Gheerbrant no tiene entrada para el Cepacol. De la flecha, el arco y la cuerda dice que “por emular en su estructura ternaria la secuencia tensión-relajación-eyaculación, simbolizan la procreación y la búsqueda de la perfección” como en los casos de Shiva y Sagitario. De ahí me paso al diccionario etimológico: la voz latina *sagitta*, flecha, deriva de *sagire*, que significa entender bien y pronto. Resumen de mi sueño y síntesis de mi cincuentena: 1) me gusta mucho la secuencia ternaria, 2) entiendo bien y pronto, 3) el Cepacol debe ser de fresa.

Dice Groucho que envejecer no tiene mérito, que es cosa sólo de vivir lo suficiente. Sea como sea, feliz cumpleaños a mí. Soplo las velas de mi íntimo pastel. Me abrazo y me felicito por cumplir mis bodas de oro conmigo mismo. Un oro que mi amigo A. me insiste corresponde a la sexta década de vida, que acabo de iniciar. Sin vanagloria ni humildad excesivas, creo que me he ganado el derecho de decir con Borges: “He persistido en la aproximación de la dicha y en la intimidad de la pena”. –